

RECENSIONES

CASTRO MORALES, Federico y GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (eds.): *Las horas muertas. Diarios de José Manaut Viglietti (1939-1944)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2016, 493 pp., ilus. color [ISBN 978-84-16938-10-0].

La Biblioteca Multidisciplinar del Campus de Colmenarejo de la Universidad Carlos III de Madrid conserva uno de los tesoros memorísticos de mayor relevancia de este país: la Colección (o Legado) José Manaut, que se compone de la biblioteca, el archivo personal y un importante repertorio de dibujos y óleos del pintor valenciano José Manaut Viglietti (Liria, 1898-Madrid, 1971). Una porción de ese legado la constituyen las obras plásticas y los escritos producidos durante los años en que sufrió, como tantos otros creadores comprometidos con la cultura y el progreso, la represión por parte de las autoridades militares franquistas. El libro se centra, precisamente, en los diarios que el valenciano escribió entre los años 1939 y 1944, que abarcan desde el periodo de clandestinidad, acabada la Guerra Civil, hasta su salida de la prisión de Carabanchel camino del destierro en la vizcaína villa de Durango. Un tiempo sumamente azaroso, no solo para Manaut, sino también para el conjunto de españoles que cayeron o se situaron del lado de la España republicana, sojuzgada tras el final de la guerra.

El compendio se abre con un estudio histórico preliminar en el que, con sumo detalle, se narra el periplo vital del protagonista, desde su nacimiento y feliz infancia en Valencia, su formación e ingreso en el mundo de la enseñanza, a la lucha por la subsistencia en el campo del arte, ardua empresa para aquellos que sufrieron la “muerte social” de la represión. José Manaut fue inhabilitado de por vida, sufrió dos años de prisión y más de cinco de destierro, por sus vinculaciones políticas con Izquierda Republicana y el Partido Comunista, con organizaciones como la Liga Laica, Cultura Popular o la Agrupación de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, y, de manera determinante, por su vinculación con logia masónica *Mare Nostrum*, donde ingresó como aprendiz en 1928, llegando a ser exaltado al grado de Maestro. Todo el abigarrado proceso sufrido por el artista es aquí mostrado de manera amplia y con exactitud de análisis, abundando en la importancia de las fuentes documentales de los Tribunales y otras instancias oficiales.

En cuanto a los diarios propiamente dichos, dos grandes bloques dividen el corpus: “Años de servidumbre”, que comprende desde la proclamación de la victoria franquista –que sorprende al pintor en Valencia– hasta 1943, año en que ingresa en prisión; y “Las horas muertas”, segundo bloque que abarca los dos años de estancia en las prisiones de Porlier y Carabanchel –ambas en Madrid–. Un tercer bloque, anejo a los anteriores, lo compone el cuaderno “Horas muertas”, realizado en esta última prisión en 1944 y después pasado a limpio, versión que aquí se nos ofrece. Los diarios vienen siempre presentados por duplicado: como texto transcrito y, seguidamente, en versión facsímil; algo que siempre se agradece, pues nos acerca un tanto a la dimensión material del documento, de capital importancia para el análisis este tipo de archivos “supervivientes”, donde la materialidad dialoga íntimamente con el lenguaje.

Los documentos que integran las páginas de este libro son obras clandestinas, escritos y dibujos cuyo conocimiento por parte de las autoridades le habría costado muy caro a su autor –“documentos de barbarie” en el más puro sentido benjaminiano–. Aquí se habla de forma directa, con una prosa que es poética a veces y con una poesía marcadamente prosaica, de la dureza de la vida en la prisión, de las condiciones de vida inasumibles, de la enfermedad y la ausencia, de la miseria y también de la solidaridad humanas, del valor supremo que es la libertad –individual, colectiva, creativa–, etc.; textos que salieron de la prisión envueltos en ropa sucia o junto a los cacharros de cocina, que nos hablan también de los valores e ideales de un creador que sufre por su encierro, que añora el contacto con la naturaleza, con su tierra natal, con sus hijos y su familia, conformada entonces exclusivamente por mujeres –padre y hermanos se hallaban en el exilio– cuya incansable labor fue determinante para la subsistencia de maridos, hijos y hermanos.

Al estudio preliminar y al conjunto de escritos, casi siempre autobiográficos, les sigue un último capítulo, intitulado “Comunidad y resistencia”, en el que se repasan las biografías de algunos de los compañeros de desventuras de Manaut, acompañadas de una extensísima galería de retratos que es un hecho casi insólito en nuestro arte –solo equiparable a la colección de Ricardo Fuente, realizada en el Reformatorio de Adultos de Alicante–. Un bloque que aporta sentido a la lectura que Castro Morales, González Calleja y su equipo hacen, *grosso modo*, de la producción penitenciaria de Manaut, que entienden como una obra “total”, a través de la cual se vislumbra la intención última de construir una “memoria colectiva” –término problemático donde los haya– de las víctimas de la represión franquista. Un bello propósito, en todo caso, que aunque no llegara a realizarse en vida del autor, tiene aquí –además de en el catálogo de la exposición *José Manaut. Óleos y dibujos desde la prisión*, de 2002– una muestra excepcional. Esperamos que sirva de acicate para que el mundo del arte y de la cultura apueste por dar mayor visibilidad a este tipo de proyectos de recuperación de la historia y la memoria de los artistas condenados por la Dictadura franquista; etapa reciente de nuestra historia que hoy, gracias a publicaciones como esta, conocemos de manera más profunda.

ÓSCAR CHAVES AMIEVA.
Instituto de Historia, CSIC

ZAMORANO PÉREZ, Pedro; GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo y MONTEROSO MONTERO, Juan Manuel (eds.): *Memorias de Fernando Álvarez de Sotomayor. Fomento y apreciación de las artes*, Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2016, 361 pp., ilus. b/n. [ISBN: 978-84-16954-10-0]

“Estos recuerdos de mi vida que seguidamente van escritos, los dedico a mi familia, a mi descendencia, para que sepan de una generación en su aspecto familiar. Por la posición social que he tenido y el género de mi trabajo, he conocido personas importantes y hechos de interés general, pero este queda absorbido por las citas de deudos y amigos que al público no pueden quizá interesar, ni tampoco la forma literaria que acusa mi imperfección en el género. Es, además, objeto principal de este trabajo pretender perpetuar la memoria de la corta vida y gloriosa muerte de mi hijo Fernando (Q.E.P.D.)”. Así reza la dedicatoria, significativa y certera, con la que Fernando Álvarez de Sotomayor (1875-1960) introduce sus memorias personales. Y no le falta razón: pocas personas han tenido la oportunidad de ejercer una influencia semejante sobre el arte español y sus principales instituciones a lo largo del siglo XX, y desde luego ninguna durante un período de tiempo tan dilatado. Justo por eso resulta incomprensible que la comunidad científica hubiera tenido que conformarse con algunas versiones parciales, de difícil acceso, y no dispusiera de aquel texto íntegro hasta ahora, cuando por fin queda reproducido con el beneplácito de sus herederos.

Recuerdos de un viejo pintor, que así se titulaba el manuscrito en cuestión, constituye un testimonio muy valioso tanto para el conocimiento del personaje y su ambiente en general, por lo mucho que cuenta y la postura de privilegio que asume con total naturalidad al hacerlo, como para el enriquecimiento del corpus de autobiografías de artistas en particular, por las características específicas de su discurso triunfalista: allí pueden leerse, entre un sinfín de anécdotas, el rancio abolengo de su familia y su vanidad por tal ascendencia, su esmerada educación y sus selectos compañeros de estudio, su formación artística inicial y los primeros encargos precarios, la beca para la Real Academia de España en Roma y el reconocimiento en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, su matrimonio con Pilar de Castro y la experiencia docente en Chile, su ingreso en el Museo del Prado y su consolidación como retratista de las clases altas, su fidelidad a ultranza hacia la monarquía y su exilio voluntario en París, su apoyo al bando sublevado desde la retaguardia durante la Guerra Civil y la muerte de su hijo en combate, la salvaguardia del Tesoro Artístico Nacional y la exposición ginebrina de obras maestras en 1939, su reincorporación al Museo del Prado y las diversas retrospectivas de su trayectoria o su paulatino proceso de jubilación y la decisión de escribir sus memorias; pero también deben analizarse, en un nivel metaliterario, por ejemplo, las justificaciones que alega para emprender dicha labor, el escurridizo destinatario al que dirige sus palabras, los reparos ante temas controvertidos como el arte o la política, la constante necesidad de corroborar la veracidad del contenido o la pretensión de transcribir fragmentos de conferencias o correspondencia. Todo lo cual, en conjunto, configura un modelo muy determinado de narración autorreferencial, en consonancia con los ideales de la España franquista.

Además de facilitar la consulta del documento, la edición se complementa mediante una aportación doble para el investigador. Por un lado, la compilación a cargo de Rosa Margarita Casheda Barreiro y Carla Fernández Martínez de siete entrevistas históricas realizadas al autor en distintos momentos de su vida, más una octava, ficticia, fabulada por ellas mismas a partir del disperso material manejado; algo que

cumple en buena medida aquellos designios del propio Álvarez de Sotomayor de apuntalar la facticidad de su relato frente a cualquier hipotética interpretación ficcional. Por otro, los artículos monográficos firmados por José Manuel López Vázquez, Pedro Emilio Zamorano, Rodrigo Gutiérrez Viñuales junto a María Luisa Bellido Gant, Lola Caparrós, María Isabel Cabrera García y Antonio García Bascón, respectivamente, sobre su construcción del imaginario costumbrista gallego, la repercusión plástica de su estancia en Chile, sus vínculos profesionales con Argentina, su participación como expositor y jurado en las Exposiciones Nacionales del primer cuarto de siglo, sus reticencias más o menos hostiles hacia la vanguardia y, por último, su gestión política y museográfica internacional al frente del Prado; estudios, cada uno desde su perspectiva, que ofrecen una panorámica lo bastante amplia como para situar el texto en su contexto y actualizar de paso el estado de la cuestión al respecto.

Memorias de Fernando Álvarez de Sotomayor resulta una publicación oportuna y necesaria. Por todo lo comentado, colma ciertas lagunas historiográficas y evidencia lo mucho que queda todavía por hacer en este ámbito concreto; por todo lo que ha quedado sin comentar, deja abiertas nuevas líneas de trabajo, más que sugerentes. Dependerá de nosotros rentabilizar tal contribución y aprovechar todo su potencial.

PABLO ALLEPUZ GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC